

— ¡ Oh ! ¡ buen hombre ! exclamó aplaudiendo : ¡ qué buen hombre ! ¡ qué hombre tan santo !

No comprendía yo cómo podían llamar bueno, digno y santo á un hombre que había faltado á su promesa ; pero mi joven india lo decía con un tono tan convencido, y su rostro respiraba tanta gracia y tanta inocencia, que acabé por convencerme á mí también, tanto más cuanto que tenía la certeza de que la tal viuda era decididamente muy culpable, en el mero hecho de vacilar de aquella manera en quemarse sobre el cadáver de su marido.

Así fué que uní mis aclamaciones á las aclamaciones generales, cuando vi á aquel buen tío, aquel santo tío, aquel digno tío, volver á arrojar á la hoguera á su infeliz sobrina tan bien envuelta, que á pesar de sus esfuerzos, al cabo de cinco ó seis minutos quedó reducida á cenizas por las llamas.

Mi graciosa india estaba entusiasmada. Aquel sacrificio conyugal que predominaba en el corazón de una joven, me conmovió hasta el punto de decidirme á preguntarle cómo se llamaba y quién era.

Se llamaba Amaron, nombre muy bonito como veis, y su padre pertenecía á la raza de los veissiahs, es decir, á la de los directores de la agricultura y del comercio.

El padre de Amaron pertenecía á la tercera clase. No había más que dos clases superiores á la suya, la de los rajahs y la de los bracmanes, y una inferior, la de los ludras.

El puesto que ocupaba en Calcutta correspondía á síndico del puerto.

Eran un hombre que podía serme muy útil, y como mi nair lo conocía, convinimos en que me presentaría á él al día siguiente.

XXI

Cuarto matrimonio de tío Alifafes

LAS BABUCHAS DEL BRACMÁN

De resultas de mi visita al padre de la hermosa Amaron, me resolví á establecerme en Calcutta y poner allí una droguería.

Lo primero que hice fué comprar una casa. En Calcutta las casas están más baratas que en Goa. Verdad es que la casa más sólida de Calcutta es de tierra seca, y la más elevada tiene á lo sumo ocho pies de altura.

Así, pues, por doce escudos me hice dueño de una casa que me cedió el vendedor, con tres serpientes que pertenecían también á la propiedad.

Le dije que las serpientes no me hacían mucha gracia, y lo primero que iba á hacer era retorcerlas el pescuezo ; pero me contestó que me guardase muy bien de hacer tal imprudencia. Las serpientes llenan las mismas funciones que el gato en Europa, destruyendo las ratas y los ratones, de los cuales estarían infestadas todas las casas á no ser por ellas.

Le pedí que me presentase al menos los reptiles cuya adquisición iba á hacer, á fin de hacer conocimiento con ellos.

En efecto, era de bastante importancia para ellos y para mí ponernos de acuerdo con el objeto de que no entrase en la casa ningún intruso.

Mi vendedor dió un silbido y acudieron como perros.

Al cabo de tres dias, gracias á dos ó tres jarras de leche que tuve la liberalidad de regalarles, éramos los mejores amigos del mundo.

Sin embargo, confieso que no dejé de sentir alguna repugnancia la primera vez que encontré á uno ú otro de aquellos animalitos en mi cama al tiempo de acostarme, ó cuando me despertaba á medianoche; pero poco á poco me fui acostumbrando, y no volví á pensar más en ello.

El comercio á que me había dedicado particularmente era al de cardamomo, especie de pimienta que en nuestro país poseen sólo los boticarios; pero abunda mucho en todas las islas de la India. Durante mi permanencia en Ceylán aprendí á conocer el valor de este género, y me resolví á que fuese el ramo principal de mi especulación.

Había llegado justamente en la estación de las lluvias, que es la mejor para desmontar las tierras donde se quiere plantar cardamomo. Por otra parte, el desmonte es muy sencillo; durante el invierno brota del suelo de los alrededores de Calcutta un verdadero bosque de hierbas que sirven de abono á las tierras, en el que se puede plantar ó sembrar; se siembra ó se planta, y después de cuatro meses se hace la recolección.

Tomé, pues, en arriendo un gran número de tierras de las cercanías de Calcutta, y comencé mi desmonte, no como se hace en aquel país, es decir, valiéndose de unos veinte *sudras*, los cuales como no están á la vista del amo le engañan á cual mejor, sino vigilándolo todo yo mismo; y para que esta vigilancia fuese más activa, comencé por hacerme construir cuatro cabañas en los cuatro extremos de mi terreno. Esto me fué muy fácil y poco costoso, atendido á que en mis tierras había muchos cocos, y como todo el mundo sabe, este árbol es un don del cielo para aquellos climas, pues con su madera se construyen casas, con sus hojas se cubren

estas casas, con su corteza se hacen esteras, su fruta sirve de alimento al hombre, de su yema se saca vino, de su nuez aceite, y con su savia se hace azúcar.

Ahora bien, pasando este vino por un alambique, comuse una especie de aguardiente, con el cual hacía de mis sudras lo que quería.

Así es que mi recolección se resintió de mis distribuciones de *néctar embriagador*. Nunca habían visto en Calcutta nada igual á [mis diez ó doce fanegas de cardamomo; mi recolección no fué tan sólo abundante, sino de primera calidad. Al ver este resultado me decidí á consagrar cinco ó seis años de mi vida á aquella explotación, al cabo de cuyo tiempo mi fortuna estaba hecha, sobre todo si yo mismo iba á vender á Ceylán lo que había recogido en Calcutta. Para esto bastaba pura y simplemente fletar un pequeño barco, y al final de la estación de verano trasladarme á Ceylán así que tuviese un cargamento algún tanto considerable. Dos recolecciones me faltaban para cargar mi barco, y en Calcutta se hacen en un año estas dos recolecciones.

Mientras tanto seguía visitando á mi buen amigo Nachor y á mi encantadora amiga Amaron. Desde un principio comprendí que el padre podría serme muy útil, tanto para mis patentes como para mis derechos de aduana... Por otra parte, aquel amor y respeto á las leyes conyugales que había demostrado en el día famoso de la hoguera, me habían conmovido profundamente. Ahora bien, el papá Nachor no era nada tonto; me había visto pagar al contado todo lo que había comprado ó alquilado, y no dudaba un solo momento de que me hallaba en camino de hacer fortuna: así es que me recibió como un hombre deseoso de que su casa me pareciese agradable, para hacer que siguiese visitándola con toda la frecuencia posible.

En efecto, volví á ella tantas y tan repetidas veces,

que al cabo de ocho ó diez meses, salvo el consentimiento de su hija, que más de una vez creí leer en sus ojos, todo estaba decidido entre el padre Nachor y yo.

Un acontecimiento que pudo tener desagradables consecuencias, anticipó la conclusión de las cosas, que todos deseábamos quizás, pero que el pudor de Amaron lo impedía demostrarlo. Un día que convidé al padre y á la hija á que fuesen á ver mis plantíos, y que creyendo pasar en aquel sitio todo el día había mandado disponer con el mayor lujo y elegancia cuatro comidas en mis cuatro cabañas, la hermosa Amaron, que iba detrás del esclavo encargado de ir á batir los dos lados de los senderos para espantar á los reptiles venenosos, lanzó de repente un grito. Había salido de un montón de hierbas una culebrita verde de las más terribles, por ser su herida mortal, y se había arrojado sobre la falda de su vestido. Yo ví saltar la culebra, escuché el grito, y con una varita que llevaba en la mano di un golpe tan certero al reptil, que le hice soltar su presa; luego después, como llevaba tacones en las botas, la aplasté la cabeza con ellos.

No obstante, la hermosa Amaron, que se había libertado milagrosamente de un peligro, en vez de morir envenenada parecía que iba á morir de miedo. Recostóse en un brazo mío, como la lis del arroyo, pálida y temblorosa. La levanté, y estrechándola contra mi pecho la llevé á la cabaña, donde nos esperaba el almuerzo. Por otra parte, aquella linda criatura, que apenas tenía doce años, pesaba como un sueño ó como un vapor; solo su corazón al latir junto con el mío revelaba la realidad.

Una vez en la cabaña, y reconocida que se hubo ésta, la hermosa Amaron comenzó á tranquilizarse algún tanto y consintió tomar unos granos de arroz; pero cuando llegó la hora de ponerse en camino, se apoderó

de ella el mismo terror, y declaró que estaba resuelta á no andar más á pie.

Semejante declaración no podía menos de serme agradable en extremo; así es que le ofrecí el mismo medio de transporte que la había conducido á la primera cabaña.

Miró á su padre, y éste le hizo una seña dándole á entender que podía aceptar. Volví á coger en mis brazos á Amaron y nos pusimos de nuevo en camino.

Pero esta vez, temiendo sin duda pesar demasiado, pasó su brazo alrededor de mi cuello, lo cual puso en contacto nuestros rostros, nuestros cabellos, nuestros alientos, los cuales, no descontentos sin duda de aproximarse, se acercaban más y más cada vez.

En la primera choza esperaba ser amado; en la segunda, estaba seguro de serlo; en la tercera, Amaron me confesó su amor; en la cuarta, en fin, se convino nuestro matrimonio, y sólo faltaba determinar la época en que habría de verificarse.

Esta época fué Nachor quien la fijó.

¡Oh! el tal Nachor era un hombre muy precavido; había visto la cosecha acabada de recoger, pero quería verla almacenada. Así, pues, fijó para el mes de julio la época de la ceremonia.

Esta época me convenía por muchas razones; era justamente el tiempo en que yo pensaba fletar mi barquito, ó más bien conducirlo yo mismo á Ceylán, y me alegraba de que quedase una persona para vigilar la labor y el plantío de mi campo. Amaron con su terror á las culebras verdes, desempeñaría mal el cargo de inspector; pero Nachor me había dado pruebas de ser entendido en la materia, y como eran los intereses de su hija los que iba á cuidar, claro estaba que estos intereses, míos por otra parte, serian cuidados admirablemente.

A la sazón estábamos á fines de mayo; no tenía que esperar mucho tiempo.

Nachor y Amaron profesaban la religión india. También se convino que nos casásemos siguiendo el rito de los braamancs.

Por consiguiente, aunque todo estaba arreglado entre nosotros, busqué un braamán que pidiese en mi nombre á Nachor la mano de su hija Amaron. Tal era la costumbre, y no opuse ninguna dificultad para que se siguiese en todos sus trámites esta costumbre.

Yo no conocia ningún braamán; Amaron me indicó á aquel infame que envolvió á su sobrina en una sábana después de jurar en falso por las aguas del Ganges, y la arrojó á la hoguera á pesar de sus gritos y de sus súplicas. En cuanto á mí, el único defecto que le encontraba era que me parecía mal pariente. Pero como la misión que iba á cumplir cerca de Nachor no haría de él mi tí para lo sucesivo, poco me importaba aquella mala cualidad.

El día convenido, salió de mi casa con dirección á la de Amaron; entró dos veces y volvió á salir otras tantas, diciendo que en el camino había visto malos presagios.

Pero la tercera vez habían desaparecido los malos presagios para dar lugar á los más dichosos auspicios, y sólo faltaba fijar un día á gusto del braamán, el cual fué á buscarme para decirme que me habían otorgado la mano de Amaron.

Respondí que cualquier día me era indiferente y que por consecuencia el del braamán sería muy de mi gusto. El braamán eligió el viernes.

Tuve intenciones de oponer alguna dificultad, porque entre nosotros, los europeos, el viernes es día de mal agüero; pero ya me había hecho el fanfarrón diciendo

que me era indiferente un día ú otro, y no queriendo volverme atrás, respondí:

— Vaya por el viernes, con tal que sea el viernes próximo.

Al fin llegó este bienaventurado viernes; la ceremonia iba á verificarse en casa de Nachor. Á las cinco me trasladé á ella. Nos ofrecimos mutuamente unos á otros la planta del *betel*. Encendióse el fuego Homán con la madera llamada de Ravasiton. El bribón del braamán, tío de la infeliz abrasada, cogió tres puñados de arroz y los arrojó sobre la cabeza de Amaron. Lo mismo hizo conmigo, después de lo cual Nachor llenó una fuente de agua, me lavó los pies, y presentó la mano á su hija. Amaron apoyó su mano en la de su padre, el cual echó en ella algunas gotas de agua y tres ó cuatro monedas, después de lo cual me la presentó, diciéndole:

— Ya nada tengo que ver con vos. Os entrego al poder de otro.

Entonces el braamán sacó de una bolsita el verdadero lazo conyugal, es decir, el *Tahali*, que es una especie de cinta de la que pende una cabeza de oro. Lo enseñó á los concurrentes, y me lo dió para que lo atase al cuello de mi mujer.

Así que hube atado la cinta, nos dijeron que estábamos casados.

Pero me dieron la mala nueva de que las fiestas duraban cinco días, durante los cuales el marido no tenía ningún derecho sobre su mujer. Así es que los cuatro primeros días fuí tan constantemente vigilado por todo el mundo, que apenas pude besar los extremos de los dedos de la hermosa Amaron. En cambio no dejé de mirarla en solo momento para demostrarle de esta manera lo largo que se me hacía el tiempo; ella también por su parte me dirigía algunas miradas que sin duda

querían decir: Es verdad, no es corto; pero paciencia, paciencia.

Y en efecto, no me quedaba otro remedio más que tener paciencia.

Al fin llegó el quinto día, y cuando vino la noche nos acompañaron á mi casa. En la antesala había una mesa cubierta de manjares; hice que se sentaran á ella los convidados, en tanto que algunas doncellas desnudaban y acostaban á mi mujer. Pero al cabo de cierto tiempo creyendo que nadie reparaba en mí, me dirigí silenciosamente hacia la puerta de la alcoba, dejando con gusto lo demás de la casa á mis convidados, con tal de que ellos me dejaran á su vez la alcoba donde me esperaba la hermosa Amaron.

Pero al llegar á la puerta tropecé con un objeto, lo cogí y vi que era un par de babuchas.

¡Un par de babuchas á la puerta de Amaron! ¿Qué significaba esto?

Quedéme un rato preocupado; pero de repente tiré al suelo las babuchas y me dirigí hacia la puerta.

La puerta estaba cerrada.

Llamé por tres veces á Amaron con voz dulce, creyendo que abriría al momento; pero aunque oía perfectamente la voz de dos personas que hablaban en la alcoba, nadie me respondió.

Ya comprenderéis mi cólera; si no hubiese visto el par de babuchas habría dudado; pero como no me cabía duda ninguna, me disponía ya á gritar aplicándoles los mayores denuesos, cuando sentí que me cogían por un brazo.

Me volví y reconocí á Nachor.

— ¡Diantre! le dije; bien venido seáis; vais á ayudarme á tomar venganza de vuestra infame hija.

— ¿Qué queréis decir? preguntó Nachor.

— Quiero decir que está encerrada con un hombre, ni más ni menos.

— ¿Con un hombre? exclamó Nachor; en ese caso reniego de ella, y os autorizo para que la encerréis en un calabozo ó la matéis si mejor os place, pues estáis en vuestro derecho.

— ¡Ah! tanto mejor; me alegro de estar en mi derecho, y os aseguro que voy á hacer uso de él.

— ¿Pero qué os ha inducido á creer eso?

— ¡Voto al chápiro! En primer lugar el ruido que se oye en esa alcoba, y en segundo estas babuchas.

Y di un empellón con el pie á las pruebas de convicción, arrojándolas sobre las piernas de Nachor.

Nachor recogió primero una babucha y luego otra, y exclamó así que las hubo mirado atentamente:

— ¡Oh! ¡bienaventurado Alifates! ¡oh! ¡marido feliz! ¡oh! ¡qué familia tan privilegiada es la nuestra! Yerno mío, dad gracias á Wishnou y á su mujer Lackemy; dad gracias también á Siva y su mujer Parvatty; á Brahma y su mujer Saraswaty; á Indra y á su mujer Avity; dad gracias, en fin, al árbol Kalpa, á la vaca Kalmaderón y al pájaro Garronda: un santo varón se digna hacer por vos lo que generalmente no hace sino por el rey del país; os va á evitar la molestia que ibais á tomaros, y dentro de nueve meses, si no nos abandonan los ocho grandes dioses de la India, tendremos en nuestra familia un brahmán.

— ¡Perdonad, perdonad! exclamé; me importa muy poco tener en mi familia á un brahmán. No soy perezoso, y el trabajo que se toma ese buen santo varón, lo hubiera hecho yo igualmente. No soy rey del país, y por consiguiente no considero como un grande honor el que se encierre un sacerdote con mi mujer la primera noche de mis bodas. No creáis que voy á dar gracias al pájaro Garronda, ni á la vaca Kalmaderón ni al árbol Kalpa, ni

á la Indra, ni á Braema, ni á Siva, ni á Wishnou. Lo que voy á hacer es romperle la crisma á vuestro tunante braemán, que tuvo la barbarie de abrasar á su sobrina faltando al juramento que había hecho por las aguas del Ganges.

Y al decir esto, eché mano de un bambú, decidido á poner en práctica mi amenaza.

Pero Nachor comenzó á gritar, y los convidados acudieron al ruido; viendo lo cual tiré el bambú y corrí hacia un gabinete, en donde me encerré con llave y cerrojo.

Allí di rienda suelta á mi cólera. Me tiré al suelo y me arrastré por la estera, jurando y blasfemando. Pero de pronto, en medio de mis juramentos y de mis blasfemias, me sentí enlazado por unos brazos que me apretaban más de lo regular, y sentí igualmente en mis labios el contacto de otros labios.

Esto no me extrañó, pues entre mis esclavas de la cuarta clase, es decir, de la clase de los *sudras*, había una linda muchacha de catorce ó quince años, á la que había encontrado muchas veces en mi cama, y á decir verdad, la había visto en ella con más gusto que á mis serpientes que cazaban los ratones.

Quedé admirado al ver esta fidelidad en mi desgracia, la misma noche en que había olvidado completamente á la pobre muchacha.

— ¡ Ah ! ¡ pobre Holoaheni ! le dije; creo decididamente que pesa algún sortilegio sobre mí y sobre mis mujeres. Así que desde ahora juro no volverme á casar, y cuando tenga una linda querida como tú, contentarme con ella. Callé y le devolví el beso que me había dado.

— ¡ Ah ! exclamó al cabo de cinco minutos.

— ¡ Hola ! dije yo ; esta no es Holoaheni : ¿ quién es, pues ? ¡ Ah ! ¡ Dios mío ! Dios mío ! será... quizás...

Y al decir esto se cubrió mi frente de aquel sudor frío que en tres circunstancias semejantes á ésta me había sobrecogido.

— Si, ingrato, yo soy, yo, que no me canso de ser repudiada, insultada y engañada, y que vuelvo á tu lado siempre que tengo alguna buena noticia que darte.

— ¡ Bueno ! exclamé desasiéndome del brazo conyugal, pues había adivinado la buena noticia; ¿ vienes á anunciarme que soy padre del tercer hijo, no es verdad ?

— Al cual he puesto por nombre Felipe, en conmemoración del día en que vine á anunciarte que tu tercera mujer te engañaba. ¡ Ay ! hoy no tengo necesidad de advertirtelo, vos mismo lo habéis visto, ¡ pobre amigo mío !

— ¡ Ah ! exclamé impacientándome ; ya tengo tres hijos. Y me parece que es bastante.

— Sí, y querriais tener una hija, dijo la Buchold ; es natural ; pues bien, hoy estamos á 20 de julio, día de Santa Margarita ; esperemos que con la recomendación de esta buena santa se verán cumplidos vuestros deseos,

Sólo contesté dando un suspiro.

— Ahora, querido amigo, continuó, ya conocéis que cuando se tiene una familia como la mía, no se puede faltar mucho tiempo de su casa, y si no hubiese sido por el muy honorable sir Vantigel, senador de Amsterdam, que me ha prometido amar y proteger á mi pobre Felipe, como si fuera su hijo, y que en mi ausencia ha tenido á bien ocuparse de él y de sus hermanos, no hubiera podido haceros esta visita.

— Es decir que os marcháis, le dije.

— Sí ; pero al marcharme dejad que os dé un consejo.

— Dádmele.

— Vos odiáis á ese pobre braemán, que creyendo haceros un obsequio ha.....

— Está bien, está bien.

— Debéis vengaros de él, es muy justo; pero vengaros diestramente, según se acostumbra en este país; vengaros sin exponeros, porque pertenecéis á vuestra mujer y á vuestros hijos.

— No digo que no... el consejo es bueno. ¡ Pero de qué manera me vengo ?

— ¡ Oh, Dios mío ! Ya conocéis las palabras del Evangelio : « *Busca y encontrarás.* » Buscad y encontraréis. Tenéis una bucna pacotilla que vale dos ó tres mil rupias en el país, el doble en Ceylán, el triple en Java. Id á Trinquemalia ó á Batavia, y os prometo una venta segura. Adios, querido amigo, ó más bien, hasta la vista, porque temo que me habéis de obligar á hacer todavía uno ó dos viajes al mar de las Indias. Felizmente yo soy como Mahoma ; cuando la montaña no viene en busca mía, voy yo en busca de la montaña. Á propósito, que no se os olvide encender una vela á santa Margarita.

— Sí, le dije completamente distraído, tranquilizaos, trataré de conservarme para vos y para mis hijos, y si en el camino encuentro alguna capilla de santa Margarita... ¡ Ah ! ya lo he encontrado, exclamé, creyendo que la Buchold me preguntase qué era lo que acababa de encontrar ; pero ya se había marchado.

Lo que había encontrado era mi venganza.

Llamé á uno de mis esclavos, que tenía mucha fama de saber encontrar á las serpientes, y le prometí diez farones si antes de la mañana siguiente me traía una culebra verde.

Media hora después me traía el reptil que le había pedido, metido en una caja. Era la mejor de su especie, un verdadero collar de esmeraldas.

Le di doce farones en vez de diez, y se marchó encomendándome á los ocho grandes dioses de la India.

En cuanto á mí, comencé por recoger todo el dinero, alhajas y perlas que tenía, me dirigí de puntillas al cuarto

de mi mujer, y abrí la caja en que estaba encerrado mi áspid, justamente sobre la babucha del braemán. Encontrando el reptil un nido que parecía estar allí expresamente para él, se enroscó tranquilamente, y yo me fui á buscar mi pequeña embarcación, que se mecía en el puerto con su cargamento de cardamomo.

Es verdad que abandonaba una casa que valía doce escudos, y su mueblaje que valía ocho; pero en las grandes ocasiones es preciso saber sufrir una pequeña pérdida.

Mi tripulación estaba avisada que de un momento á otro recibiría la orden de aparejar ; así es que estaba lista. No tuvimos, pues, más que levar áncora é izar velas, lo que hicimos sin tambor ni trompeta.

Cuando amaneció estábamos ya á más de diez leguas de la costa.

No he vuelto á oír hablar del pillastrón del braemán ; pero es muy propable que á estas horas se halle curado para siempre de la manía de dejar las babuchas á la puerta cuando entra en alguna parte.

— Á fe mía, dijo el tío Alifafes mirando el cadáver de su segunda botella, creo que el ron nos levanta en alto, y que ya es hora de que pasemos á otro vinillo más flojo.

XXII

Quinto y último matrimonio del tío Alifafes

Como comprenderá perfectamente el lector, el narrador no había remojado con aguardiente y con ron el relato de sus cuatro primeros matrimonios, sin que el recuerdo de lo pasado, unido á las libaciones presentes,

dejase de alterar algún tanto su narración. Así es que tanto Biard como yo estábamos convencidos de que si tenía que contarnos algún sexto ó séptimo casamiento, nos veríamos en la necesidad de constituirnos en guardianes de la carrafa de ron, ó de trasladar al día siguiente la conclusión del odiseo conyugal del Ulises de Monnikendam.

Felizmente él mismo nos tranquilizó, cuando después de limpiarse los labios con el dorso de la mano, dijo con el tono declamador de un pregonero :

— ¡ Quinto y último matrimonio del tío Alifafes !

Y prosiguió con su voz habitual :

— Había salido, pues, con mi pequeña embarcación y seis marineros por toda tripulación, encomendándonos á Dios, decididos á doblar el cabo Comorino, y si el viento era favorable y la mar nos secundaba también, dejar á Ceylán por la serviola de babor y llegar á Sumatra y á Java. Poco me importaba que fuese en una ó en otra de estas dos islas, pues á medida que más avanzaba hacia el océano Pacífico, más seguro estaba de la venta de mi cardamomo.

Al séptimo día de nuestra salida columbramos á Ceylán; casi distinguía con mi antejo las casas del puerto de Galles. Pero, ¡ bah ! el viento era delicioso y nos prometía que tendríamos un tiempo hermoso por un mes lo menos.

Separé la vista de aquella pícara tierra que parecía atraernos, y dirigí la proa hacia Achem, lanzando mi cáscara de nuez al través del océano de las Indias, con la misma filosofía que si hubiese sido el primer tres mástiles de Rotterdam.

Todo marchó perfectamente durante los cinco primeros días y aun después, como veréis; pero, amigos, la sexta noche estuvimos á pique de que un ligero acci-

dente nos enviase á pescar perlas al fondo del golfo de Bengala.

Las noches anteriores yo había sido quien había manejado el timón, y todo fué á las mil maravillas; pero, ¡ diantre ! por ningún lado veíamos tierra, ni peñón, ni blanco que nos guiase. Merced á nuestra arboladura baja y á las pocas velas que llevaba el barco, debíamos escapar á las miradas de los piratas, de noche especialmente: coloqué en el timón al más diestro de mis hombres, bajé al entrepuente, me tendí sobre mis fardos y me quedé dormido.

No sé cuánto tiempo permanecí en esta tranquila posición; el resultado fué que de repente me despertó un ruido espantoso que sonaba encima de mi cabeza. Mis marineros corrían de popa á proa gritando, ó más bien aullando, y en medio de estos aullidos se percibían de vez en cuando súplicas y juramentos. Lo primero que me ocurrió fué que corríamos un peligro, y que este peligro era grande.

Mientras mayor fuese el riesgo, más necesaria era mi presencia. Así, pues, sin más averiguaciones, corrí á la escotilla y subí al puente.

La mar estaba magnífica y el cielo estrellado, excepto en un punto en que una masa enorme suspendida casi sobre nuestra cabeza y pronta á caer sobre la embarcación, interceptaba la luz de las estrellas.

Todas las miradas de mis marineros estaban fijas en aquella masa, y hacían los mayores esfuerzos para evitar que atropellase á nuestro buque.

¿ Pero qué masa era aquella ?

Un sabio se hubiera puesto á resolver el problema, y antes de encontrar su solución habría sido sepultado en las olas. Yo no tuve tal pretensión.

Me lancé al timón, puse la barra á babor, y quiso Dios que al mismo tiempo soplase un vientecillo Noroeste, que

recibió mi vela é hizo dar un salto á la embarcación. De manera que en el momento en que cayó la masa, en vez de hacerlo aplomo sobre nosotros, como hubiera sucedido, pasó rozando nuestra popa, y á nuestra vez fuimos nosotros quienes nos encontramos en la montaña, en lugar de estar en el valle.

La masa, que estuvo en poco que no nos hundiese, era un enorme junco chino, semejante en su forma á una calabaza, y que se echó sobre nosotros sin gritar ; allá va eso !

Tanto en Ceylán como en Goa había aprendido algunas palabras chinas : no serian tal vez muy escogidas, pero en cambio eran enérgicas. Cogi mi bocina y les envié una granizada de ellas á los súbditos del sublime emperador.

¡ Pero cuál no fué nuestra admiración al no recibir respuesta alguna !

Entonces nos apercibimos de que el junco flotaba inerte, como si no hubiese en el puente nadie que le dirigiese ; no brillaba ninguna luz en las troneras ni en la brújula. Hubiérase dicho que era un pescado muerto, el cadáver de Leviathan.

Además, no tenía desplegada ni una vela siquiera.

Aquello era tan extraordinario, que no pudimos menos de interesarnos vivamente por saber lo que sería. Sabíamos que los chinos eran indolentes ; pero por grande que fuese su indolencia, no acostumbraban á irse al infierno tranquilamente. Calculé que habría sucedido al buque ó á la tripulación algún suceso raro é inesperado, y como no nos quedaba más que hora y media hasta que saliese el día, maniobré para aproximarme al junco, lo cual no era muy difícil, atendido á que iba rodando como un madero, y sólo había que cuidar de una cosa, que era no dejarse ir de pronto sobre él.

Una sola vela que conservamos fué más que suficiente para preservarnos de este accidente.

Poco á poco fué asomando el día : á medida que se iba disipando la oscuridad, nuestros ojos trataban de descubrir algún movimiento en la inmensa máquina ; pero nada, ó el junco estaba vacío, ó su tripulación dormida.

Acerquéme cuanto me fué posible. Pronuncié todas las palabras chinas que sabía. Uno de mis marineros, que había estado diez años en Macao, habló, llamó, gritó, y nadie respondió una palabra.

Entonces determinamos dar la vuelta al junco, para ver si reinaba á estribor el mismo silencio que á babor.

Exactamente el mismo silencio ; pero á estribor colgaba un cable. Comencé á maniobrar para acercarme cuanto me fuese posible al enorme casco ; al fin logré agarrarme al cable, y en menos de tres minutos me hallé en el puente.

Era evidente que había sucedido alguna cosa desagradable para los habitantes del junco ; muebles rotos, pedazos de vestidos, manchas de sangre, todo indicaba una lucha, y una lucha en que los chinos no habían llevado en la apariencia la mejor parte.

Mientras pasaba revista por el puente, me pareció escuchar unos quejidos ahogados que salian del interior. Quise bajar al entrepuente, y encontré cerradas las escotillas.

Eché una mirada en derredor mío, y vi al pie del cabrestante unas tenazas excelentes para mi intento. En efecto, á poco que trabajé hice saltar la trampa de una de las escotillas, y los primeros rayos del sol iluminaron el entrepuente.

Al mismo tiempo hirieron mis oídos unos quejidos más claros. Bajé con alguna indecisión, lo confieso ; pero cuando llegué á la mitad de la escalera, me tranquilicé.

El pavimento del entrepuente estaba lleno de unos veinte chinos formados en fila como si fueran momias y ensartados como salchichones, royendo con más ó menos muecas sus mordazas, según el grado de sufrimiento que les había deparado la naturaleza.

Me dirigí al que me pareció el jefe de ellos, pues era el que estaba más fuertemente maniatado y el que tenía una mordaza más gruesa.

Le desaté y le quité la mordaza; era el dueño del junco, y se llamaba Ising-Fong: me dió las más encarecidas gracias, según pude comprender á lo menos, y me rogó que le ayudase á desatar á sus compañeros.

En menos de diez minutos quedó terminada la operación. Á medida que iban quedando libres de sus mordazas y ligaduras, se precipitaban uno tras otro á la bodega; acometióme una viva curiosidad por saber lo que iban á hacer con tanta prisa, y ví que los desgraciados habían destapado un tonel de agua y bebían hasta saciarse.

Tres días hacía que no habían comido ni bebido: pero como la sed los mortificaba más que el hambre, fué lo primero que trataron de saciar.

Dos de ellos bebieron tanto, que murieron á causa de ello; otro comió de tal manera, que reventó.

La historia de este desdichado junco, que tan incomprendible nos pareció en un principio, era muy natural sin embargo.

Unos piratas malabares le habían asaltado de noche, y la tripulación cedió después de una resistencia débil.

Y para que no les molestasen en su visita comercial, los piratas habían atado fuertemente y tendido en el suelo del entrepuente á la tripulación, colocando á la cabeza al capitán; hecho lo cual, se llevaron todo lo que les apareció mejor del cargamento, estropeando ó echando al agua lo que no habían podido llevar consigo.

Y sin duda esperando hacer un segundo viaje al junco, habían cargado todas las velas que podían servirle para apresurar el viaje, y lo habían dejado correr á palo seco.

Entonces había sido cuando había estado á punto de caer sobre nuestra cabeza.

Fácil es de comprender la alegría del capitán y de la tripulación al verse libertados por nosotros, ó mejor dicho, por mí, después de tres días en extremo angustiosos, de su poco agradable situación. Se les echó una especie de escala y cuatro subieron por ella al puente, mientras que los dos restantes amarraban nuestro barco á la popa del junco, en donde no parecía mayor que una canoa en un brick de tamaño común.

Los dos hombres restantes vinieron á reunirse con nosotros en cuanto acabaron de amarrar el barco.

Tratábase de poner en buen estado á la tripulación china: los súbditos del sublime emperador no son los más intrépidos ni los más hábiles marinos del mundo, por lo que aun cuando lanzaban enormes gritos y meneaban mucho los brazos, nada hubieran adelantado si nosotros no hubiéramos hecho cuanto ellos tenían que hacer.

Despachado ya todo, curados los heridos, echados al mar los muertos, y dejado sin velas el junco, se decidió que habiendo pasado el cargamento al bordo del barco de los piratas, era inútil continuar la ruta hasta Madras. Por otra parte, el capitán Ising-Fong estaba resuelto á volverse, pues había pensado cargar su embarcación en Madras de cardámomo (1) y de este renglón iba cargado mi buque; no había más que una cosa y era, que lo primero que habían visitado los piratas había sido la caja del capitán Ising-Fong. No hallándose, pues, esta caja en

(1) Semilla aromática y medicinal.

disposición de abonarme las diez y ocho mil rupias que valia mi cargamento, se convino en que iríamos á Manila, en donde tenia un corresponsal el capitán Ising-Fong, y en donde, gracias al crédito de que éste gozaba desde Malacca hasta el extremo de Corea, podriamos terminar nuestro negocio. Como yo no tenia ningún empeño en ir á otro punto, ni nada que oponer á la proposición de encaminarnos hacia las islas Filipinas, la acepté con la expresa condición de que se me habia de consultar en todo lo concerniente á la maniobra del buque, porque maldita la gana que tenia de entablar relaciones con los piratas.

El capitán Ising-Fong, fuese amor propio ó bien desconfianza, presentó desde luego algunas objeciones. Pero como vió que su máquina, que hasta entonces gracias á mis maniobras rodaba como una barrica, empezaba á cortar el agua como un pescado, cruzó las manos sobre el estómago, se puso á menear la cabeza de arriba abajo y pronunció por dos ó tres veces las dos silabas : ¡ Hi o ! hi o ! que quiere decir : ¡ Muy bien ! y no volvió á pensar más en el asunto.

Así que pasamos sin ninguna novedad el estrecho de Malacca, que atravesamos lo mismo por el archipiélago de las Arambas, y que doblamos la punta de la isla del Corregidor, colocada como una centinela á la entrada de la bahía, nos engolfamos en las bocas del Passig, y fuimos á echar el ancla sanos y salvos, ya entrada la noche, frente al depósito de la aduana.

XXIII

Quinto y último matrimonio del tío Alifaíes

EL BEZARD

No me habia engañado el capitán Ising-Fong, y así es que el mismo día en que llegamos, me llevó á la casa de su corresponsal, rico fabricante de cigarros, quien me ofreció pagarme mis ocho mil rupias en especie, ó darme mercaderias por una cantidad igual y á un precio á que solamente él podia vendérmelas, gracias á la extensión de su comercio y á la multitud de sus negocios.

En efecto, las islas Filipinas pueden ser consideradas como el depósito del mundo : allí se hallan el oro y la plata del Perú, los diamantes de Golconda, los topacios, zafiros y canela de Ceylán, la pimienta de Java, el clavo y nuez moscada de las Molucas, el alcanfor de Borneo, las perlas de Mannara, los tapices de Persia, el menjú y el marfil de Camboya, el almizcle de Liquios, las telas de Bengala y la poreelana de China.

Á mí me tocaba escoger entre estos renglones, y decidirme por el que me ofreciese más seguridad y más pronto beneficio.

Por lo demás, como no tenia prisa ninguna, porque me habia dejado muy buena ganancia el cardánomo, resolví pasar algún tiempo en Manila y ver durante mi permanencia en Filipinas, cuál era el ramo de comercio que podia convenir más á un hombre que habiendo

empezado con ciento cuarenta francos, tenía treinta mil libras disponibles.

Mi primer cuidado fué visitar los dos barrios.

Manila, el barrio español.

Binondo, el barrio tagalo.

El barrio español es un compuesto de conventos, iglesias, casas de retiro, y casas cuadradas, sin plan ni concierto, con paredes altas y gruesas, troneras puestas al acaso, y jardines que separan á unas de otras: estos edificios están llenos de frailes, de monjas y de españoles con capa, que van de una parte á otra en malos palanquines, ó andan apacible y gravemente con el cigarro en la boca, como los castellanos del tiempo de D. Quijote. Este barrio, en que podrían caber cien mil habitantes y que no tiene más que ocho mil, es profundamente triste.

No era esto lo que yo necesitaba, y así después de haber visto á Manila, moviendo desdeñosamente la cabeza, resolví entablar conocimiento con Binondo.

Á la mañana siguiente, después de haber tomado mi chocolate, me dirigí hacia el barrio plebeyo, y á modo que me iba acercando, iba acercándose á mi el ruido de la vida, completamente ausente de esa tumba que se llama Manila. Respiraba yo más libremente, y el verde me parecía más fresco y el sol más luminoso.

Me apresuré á atravesar por las fortificaciones y puentes levadizos de la ciudad militar, y como hombre que sale de un subterráneo, me puse inmediatamente contento, alegre y gozoso en el puente que se llama *punte de piedra*. Allí empezaba la vida, ó más bien, desde aquel sitio se encontraba vida con abundancia.

El puente estaba lleno de españoles en palanquines; de mestizos que corrían á pie, armados con grandes quitasoles: de criollos seguidos por sus criados, de cam-

pesinos llegados de las aldeas inmediatas, de mercaderes chinos y de obreros malayos; era un ruido, una confusión, una algarabía, que agradaban á cuantos pudieran creerse muertos por haber pasado dos días en Manila.

Despidámonos, pues, del barrio sombrío, de las casas fastidiosas de los nobles señores, y saludemos al barrio alegre, á Binondo con sus ciento cuarenta mil habitantes, con sus elegantes casas, con su población negociante, con su muelle en que gruñen las garruchas, en que ruedan los fardos de los cuatro ángulos del mundo, en que se amarran los juncos chinos, las piraguas de la nueva Guinea, las proas malesas, los bricks, las corbetas y las fragatas europeas. Allí no hay categorías, ni exclusión, ni castas: el hombre vale según lo que es y se le estima según lo que tiene: se le reconoce á la primera ojeada por sus vestidos, antes de que se le conozca por su acento. Malayos, americanos, chinos, españoles, holandeses, madecaros, indios, todos se ocupan en navegar por las olas indígenas. Aquel océano de tagalos, hombres y mujeres, que formaban la población de la isla cuando los españoles hicieron su conquista, y que se le conoce, á los hombres por su vestido casi normando, por su camisa que cuelga como una blusa por encima de los pantalones de lienzo, su corbata á la Colin, su sombrero de fieltro con alas caídas, sus zapatos con hebillas, su rosario que les cuelga del cuello y una banda tan corta que la llevan debajo del brazo como si fuera un expediente; á las mujeres, por sus cabellos prisioneros de la alta peina española, su velo flotante por detrás, su canesú de blanca tela que flota sobre su pecho y deja desnuda la porción de cuerpo que hay desde debajo del pecho hasta el ombligo, su cambaya que les baja hasta el tobillo, su tapete arlequinado que tienen sobre la cambaya, sus chinelas tan diminutas que les dejan el pie casi desnudo, y su cigarro que les cuelga siempre de los

labios, y que al través de la nube de humo que esparce, hace sus ojos más ardientes de lo que son.

¡Oh! esto era lo que yo necesitaba. ¡Adiós, Manila! ¡viva Binondo!

Así es que no volví á Manila más que para mandar que llevasen mi equipaje á Binondo.

El corresponsal de mi capitán chino aplaudió mi resolución que, según él, era propia de un hombre de talento: él tenía una casa en Binondo, adonde iba los domingos para descansar de las faenas de la semana. Me ofreció un gabinetito que había en esta casa y que daba al río; pero no quise aceptarlo más que en calidad de inquilino, y convinimos en que por treinta rupias al año, ochenta francos poco más ó menos, gozaría y dispondría de él, como se dice en España, con todo su contenido y accesorio.

Después de tres días de observación, vi que la principal industria del tagalo es la riña del gallo.

Es imposible pasar de un lado á otro del muelle de Binondo sin tropezar con diez, quince ó veinte círculos formados alrededor de dos campeones emplumados, á cuya suerte se une la suerte de dos, tres, cuatro ó cinco familias tagalas: porque no sólo vive del producto de su gallo la familia tagala que posee uno de buena raza, sino que viven también al mismo tiempo que ella, y gracias al gallo, los parientes y vecinos que apuestan en favor de su propietario. La mujer tiene peines de concha, rosarios de oro y collares de vidrio; el hombre dinero en el bolsillo y cigarro en la boca; el gallo es el niño mimado de la casa; la madre tagala no piensa en sus chicuelos, sino en su gallo; da lustre á sus plumas y afila sus corvejones; el marido, por su parte, cuando sale á la calle no se lo fia á nadie, ni aun á su mujer, sino que se lo lleva debajo del brazo y va con él á sus negocios y visita con él á sus amigos: si encuentra al

paso algún adversario, hay provocaciones de parte á parte y se arman las apuestas; los propietarios se plantan el uno frente al otro, lanzan sus gallos al combate y se forma un círculo en cuyo centro luchan las dos pasiones más feroces del hombre: el juego y la guerra. ¡Oh! á fe mía que es hermosa la vida que se pasa en Binondo.

Hay entre los tagalos otro género de industria que se parece algo á la investigación de la piedra filosofal, y es la de los que buscan bezard: como la naturaleza ha hecho que las Filipinas sean el depósito de todos los venenos del mundo, ha colocado también en las Filipinas el bezard, que es universal contraveneno.

— ¡Pardiez! exclamé interrumpiendo al tío Alifafes; ya que habéis soltado la palabra bezard, me alegraría de saber á qué deño de atenerme sobre ese punto. He oído hablar mucho del tal bezard, especialmente en las *Mil y una noches*, y he visto las piedras más raras, he visto el rubí balaja, he visto el granate toscó, he visto el carbunco; pero por más que lo he buscado, jamás he hallado el bezard; nadie me ha podido presentar ni siquiera una partícula de esa piedra.

— ¡Pues bien! yo, caballero, me respondió el tío Alifafes, yo lo he visto, yo lo he tocado y aun lo he tragado, y á no ser así, como vais á verlo, no tendría en este momento la honra de beberme un vaso de rack á vuestra salud.

Y en efecto, el tío Alifafes se llenó un vaso y se lo bebió de un trago á la salud de Biard y á la mía.

— ¡Oh! continuó después, decía que había bezard; pero hay más todavía, y es que hay bezard de tres clases: el que se halla en los intestinos de la vaca, el que se halla en el vientre de las cobras y el que se halla en los intestinos de los monos.

El bezard que se halla en el vientre de las vacas es el que menos vale. Veinte granos de ese bezard no equiva-

len á siete del que se halla en el vientre de las cabras, así como siete granos de éste no equivalen á un grano del bezard que se halla en el vientre de los monos.

En el reino de Golconda es principalmente donde se hallan las cabras que producen el bezard. ¿Forman acaso una raza especial? No: porque de dos cabritillos de una misma madre, uno produce bezard y el otro no. Los pastores no tienen que hacer más que tocarles el vientre de un modo particular para saber á qué atenerse sobre este género de fecundidad de sus cabras; al través de la piel, cuentan en sus intestinos el número de piedras que en ellos se encierran, y saben, sin equivocarse jamás, el valor de estas piedras. Púedese, pues, comprar el bezard sin matar á los animales.

Un negociante de Goa había hecho, cuando yo vivía en la costa del Malabar, una experiencia que llama la atención. Compró en las montañas de Golconda cuatro cabras que tenían bezard, las trasladó á ciento cincuenta millas del lugar en que habían nacido, mató á dos inmediatamente y les halló todavía el bezard en el cuerpo, pero disminuído de volumen: mató otra diez días después, y al hacerse la autopsia del animal se conoció que había tenido bezard, pero éste había desaparecido. Mató en fin la última al cabo de un mes, y ésta no conservaba ya ninguna huella de la piedra preciosa, que había desaparecido completamente.

Lo cual probaría que hay en las montañas de Golconda un árbol particular ó una hierba especial, al que ó á la que las vacas y cabras deben la formación del bezard.

Decimos, pues, que una de las industrias de los tagalos consiste en ir á caza de los monos que tienen el bezard, tan precioso relativa y comparativamente con los demás bezards, como el diamante relativamente con el pederal del Rhin, con el estras ó con el cristal de roca.

Un solo bezard de mono vale mil, dos mil ó tres mil

libras, atendido á que una parte insignificante de bezard desleída en un vaso de agua puede servir de antidoto á los más terribles venenos de las Filipinas y aun al upas de Java.

Es increíble el uso que se hace del veneno desde Luzón á Mindanao, especialmente en tiempo de cólera, pues como producen los mismos síntomas, se aprovechan de los días de peste los maridos para librarse de sus mujeres, las mujeres para librarse de sus maridos, los sobrinos de los tios, los deudores de los acreedores, etc., etc., etc.

Pero la raza que más abunda en Binondo es la raza china; posee el hermoso terreno de las márgenes del Passig; sus casas, hechas la mitad de piedra y la otra mitad de bambú, son bonitas y aéreas, y algunas están pintadas por la fachada, y tienen almacenes y tiendas en el piso bajo, ¡y qué tiendas! ¡y qué almacenes! Es lamerse los labios de gusto el pasar por ellas, y esto sin contar que hay una colección de muchachas chinas sentadas á las puertas de las casas y que hacen ciertas muecas á los que pasan... ¡En fin!

Como yo había salvado la vida á un capitán chino y á una tripulación china y á un junco chino, tenía en Binondo muchos conocimientos. Por otra parte, el correspondal del capitán Ising-Fong, que me había alquilado el pabelloncito en que yo vivía, comerciaba principalmente con los súbditos del sublime emperador.

El primer domingo que pasó en Binondo lo dedicó exclusivamente á obsequiarme. Me preguntó si era cazador, y me aventuré á decirle que sí. Dijome entonces que tenía preparada una partida de caza para el domingo siguiente con algunos amigos suyos, y que si quería ser también de la partida, no tenía necesidad de pensar en nada, porque iríamos á la casa de campo de uno de ellos y allí encontraría yo todo lo que necesitase.

Acepté con alma y vida.

La caza debía verificarse en un terreno colocado en la parte más alta del Passig, á las inmediaciones de un lago precioso llamado la Laguna.

Salimos de Binondo el sábado siguiente, metiéndonos en una barca, tripulada por seis vigorosos remeros, pues os aseguro que con menos gente ó con menos fuerza no hubiera sido posible subir por la corriente del Passig.

Este paseo era delicioso; las orillas del rio tienen un aspecto muy variado, y además veíamos pasar por derecha é izquierda piraguas que subían y bajaban ofreciendo el más pintoresco efecto.

Á las tres horas de estar bogando, hicimos alto en una aldehuela de pescadores, cuyos habitantes van por la noche á vender el producto de su pesca á Binondo, aldea que mira en el espejo del agua sus arrozales mecidos por el viento, sus ramilletes de palmeras, sus haces de bambúes y sus chozas de agudos techos que parecen jaulas colgadas en el aire.

Los remeros descansaron y todos comimos; hecho lo uno y lo otro, continuamos nuestra marcha.

Finalmente, al ponerse el sol vimos resplandecer delante de nosotros, como un inmenso espejo, el lago de la Laguna, que tiene treinta leguas de extensión.

Á las siete de la noche entramos en el lago y á las dos horas estábamos ya en casa del amigo de nuestro corresponsal.

Era éste un francés llamado Mr. de la Géronnière y hacía quince años que vivía á orilla del lago de la Laguna, en una preciosa quinta llamada Hala-Hala. Nos recibió con la hospitalidad propia de los indios; pero quando supo que yo era europeo, y francés de nacimiento; cuando hablamos algunas palabras en un idioma que á no ser con su familia no podía hablar con nadie ó casi nadie, la hospitalidad se trocó en verdadero regocijo.

Esto me agradaba tanto más cuanto que yo no la echaba de hidalgo, ni de aristócrata, ni de fanfarrón; yo decía: « ¡ Oh ! me honráis en extremo : » soy un pobre marinero de Monnikendam, un pobre patrón de Ceylán, un pobre mercader de Goa; tengo la mano ruda, pero franca; y como aquí no había más que recibir ó despedir, se recibía al tío Alifafes por lo que él era, es decir, por un buen hombre que nunca reñía.

Mantúveme por la noche fiel á mi costumbre, y ni reñí por la botella ni por el lecho; me habían hecho que contase mis aventuras, y mis aventuras habían producido gran efecto; pero habían hecho nacer una idea maliciosa en la cabeza del corresponsal de mi chino, y esta idea era la de casarme por quinta vez.

Le declaré que tenía irrevocablemente decidido el no volver á confiar en las mujeres, porque la hermosa Nahi-Nava-Nahina, la hermosa Inés y la hermosa Amaron me habían curado de semejante capricho.

— ¡ Bah ! exclamó mi corresponsal, todavía no habéis visto á nuestras chinas de Binondo; cuando las veáis, me hablaréis sobre ellas.

Resultó de aquí que, á pesar mio, me acosté con ideas matrimoniales en la cabeza y que soñé que me estaba casando con una viuda china, la cual tenía un pie tan pequeño, tan pequeño, tan pequeño, que yo no podía creer que fuese viuda.